

La nostalgia y el humor en los cuentos de Severino Salazar

Ociel Flores Flores¹

El propósito de este texto consiste en dar testimonio de una relectura de algunos cuentos de Severino Salazar Muro, que resultan particularmente valiosos para rememorar la personalidad y la visión de la vida del autor, en particular su nostalgia del terruño perdido y su sentido del humor. Habiendo conocido a Seve durante varias décadas, es imposible separar la figura del narrador de la del hombre de carne y hueso; igualmente difícil es resistir a la tentación de contar una tras otra las anécdotas que unen la obra con la biografía del escritor. No obstante, para imponer un orden mínimo a los pasajes que serán comentados, se seguirá dos temas sin duda esenciales, estos son la nostalgia y el humor.

Una atmósfera de nostalgia cubre los relatos que Severino Salazar incluyó en el título *Cuentos de navidad*. La nostalgia es “tristeza melancólica originada por el recuerdo de una dicha perdida”, advierte el *Diccionario de la Real Academia Española*. Aunque, en el caso de un autor en el que el humor es permanente, la nostalgia no se traduce de ningún modo en triste melancolía, sino por el contrario, en instantes de gozo, en una serie de estampas, siempre frescas, que dibuja un adulto capaz de observar el mundo con ojos de pícaro y alma de niño.

En los *Cuentos de navidad*, la nostalgia es de juventud, de terruño, de la indolencia que acompaña los años mozos. En ellos, como en la mayor parte de las narraciones de Salazar, aparecen frecuentes alusiones a Tepetongo, el pueblo mítico en el que el autor deja la mitad de su vida y al que vuelve, reencarnado en varios narradores, atraído por recuerdos entrañables de los primeros lustros.

¹ Académico investigado UAM-Azcapotzalco

Severino abandona un día el paraíso de su provincia natal para instalarse definitivamente en el purgatorio capitalino, un purgatorio que a fin de cuentas resulta, si bien menos bucólico, no menos sabroso. Su salida será el primer trazo de un incesante vaivén que pone en contacto las viejas plazas de la ciudad de México con las callejuelas de Tepetongo y de Zacatecas, la capital del estado, en un contraste que alterna la vida de la gran ciudad con las vivencias provincianas atesoradas por la memoria. El material que se acumula en los destierros cada vez más dilatados será utilizado sabiamente por Salazar para hacer observaciones agudas, chocarreras, sobre las vicisitudes de aquellos que llegan del campo a un ambiente que resultará con frecuencia extraño y hostil, pero siempre asombroso.

Severino redescubre así el espacio urbano con una mirada fresca. Quienes tuvimos el placer de acompañarlo en sus largas caminatas por el centro histórico y visitar con él sus numerosos espacios dedicados tanto a la cultura como al sano esparcimiento, nos maravillamos con sus hallazgos y disfrutamos sus ocurrencias. Al final, el deambular terminaba indefectiblemente en una cantina de las más populacheras, en la que se compartía una común afición al *tlapehue*, la conversación y al estar ahí nomás durante horas de fraternal comunión.

Lo anterior es sin duda cierto, pero las imágenes más entrañables, las que le devuelven al contador de historias lo que ya no tiene consigo, pero que aún le pertenece, se ubican en Tepetongo y en Zacatecas. Por ello, es conveniente traer al presente a los personajes y las anécdotas que acecharon la memoria de Severino hasta lograr que su escritura les diera cuerpo en las páginas de sus libros.

En el cuento “Los Reyes Magos”, por ejemplo, renace el niño Severino. Son los días del final del año que coinciden con el tío pródigo de Tierra Santa; el pariente estudioso que llega para maravillar a su familia con sus aventuras por países lejanos. El narrador cuenta que la magia de su discurso correspondía a la de su cuerpo, y que ese hombre, mientras hablaba, solía “dejar sus largas manos sobre el mantel, como

olvidadas”.² El tío distingue al pequeño Severino con un cariño particular y le regala un tapete musulmán para la oración, “un espacio sagrado donde nada más cabe un hombre para estar solo con Dios”.³ Un tapete que resulta tejido en los mismos talleres que el de Aladino; así que el personaje-niño decide navegar en él por los cielos de Tepetongo, siguiendo disimuladamente a Los Reyes Magos, quienes después de repartir sus juguetes, “se van rumbo al Norte, rumbo a Jerez”,⁴ mientras abajo, a ras de tierra, aclara el narrador, “nada se oía, si acaso un burro que rebuznaba en la distancia”.⁵

La nostalgia es deseo de perfección; por ello la imaginación construye una realidad menos ingrata que la que se nos aparece ante los ojos a cada mañana. De ahí que entre las páginas ocupadas por la ficción aparezcan de pronto edenes immaculados, como el departamento de Isidro, la guarida de bohemios, vagos sin oficio e intelectuales sin consagración, de cuya puerta muchos tenían la llave. Desde la colina en que fue construido el edificio, los asiduos contemplan el Cerro de la Bufa como el remate de un nacimiento que se yergue sobre la ciudad. La morada de Isidro es un espacio mágico habitado por seres humanos, pero también por tortugas, serpientes y “parvadas de pájaros, gorriones que volaban de un lado a otro de la sala y otras aves que hacían sus nidos en las plantas de la casa...⁶ Desde su balcón, en un dialogo ininterrumpido, un grupo de trasnochadores se pregunta si “la flor de nochebuena no es también algo ilícito, que produce la naturaleza, el jardín, en medio del invierno cuando debería estar dormida, en reposo”.⁷ Y mientras buscan la respuesta a ese acertijo, ven en el campo cercano cómo “caen algunas plumitas de nieve”,⁸ plumitas que se congelan sobre las pencas de los nopales y quedan “colgando de los troncos,

² “Los Santos Reyes”.

³ “Los Santos Reyes”.

⁴ “Los Santos Reyes”.

⁵ “Los Santos Reyes”.

⁶ “Juguemos a ser Dios”.

⁷ “El árbol de nochebuena”.

laxas, como relojes de Dalí”.⁹ Más allá, ajena a los *voyeurs* del balcón, una patrulla detiene, en el crucero de Malpaso, un tráiler cargado de ojos de niño”.¹⁰

Severino poseía una mirada inquieta, penetrante, que se clavaba en el sitio menos esperado para revelar algo que los demás no veíamos, como el rascacielos de cuyas azoteas colgaban chayotes, parecidos a esferas navideñas, balanceados por el viento, sostenidos apenas por sus guías. Su mirada escrutaba por igual los cielos que las entrañas de la tierra. Zacatecano al fin y al cabo, Seve tenía sus raíces en una región minera, y él mismo fue un minero del tiempo, un buscador de tesoros que perforaba túneles en la realidad para sacar a la luz la piedra preciosa del sinsentido, el absurdo que revela la nimiedad de los afanes de aquellos que, en la superficie, corren detrás de quimeras improcedentes. Algunas veces, encontró ese mismo oro, trabajado ya, en objetos inesperados, como el cencerro dorado que un periodista de su tierra guarda en su colección, sin imaginar que se trata del Santo Grial que un minero irlandés metió de contrabando en América en el siglo XVIII.

En el cuento «Danza delirante», el recuerdo del Paraíso perdido regresa no a la infancia sino a los primeros años de la madurez. En esta ocasión, la historia se sitúa en la colonial Zacatecas, en el bar de un antiguo hotel. El narrador la describe en estos nostálgicos términos: «visto desde lejos, parecía un escenario, un nacimiento que daba también alegría. Como si la barra fuera un pesebre del cual salieran rayos de luz. Las hileras de copas de cabeza eran como campanas al vuelo y todos los frascos, tarros y botellas brillaban como una constelación...»¹¹ Allí, en una de tantas catedrales dedicadas a la comunión, frente a elevadas copas colmadas de vino de consagrar la amistad, se cuenta, en una cháchara delirante que delata los primeros síntomas de la embriaguez, la aparición de un hombre joven, alegre, perfumado, que resulta ser el espíritu de un conocido, nostálgico del mundo, que regresa del más allá a festejar con los amigos.

⁸ “*Nunc dimittis*”.

⁹ “*Nunc dimittis*”.

¹⁰ “Danza delirante”.

¹¹ “Danza delirante”.

En uno más de estos sitios privilegiados, dedicado también a la consagración de lo espiritual, Leo, el hijo del panadero, el protagonista del cuento “Pan caliente”, recibe la muerte más hermosa, según Jorge y Severino. Leo entrega el alma «en una cantina, celebrando su cumpleaños. Se desplomó de un ataque al corazón. Y estaba cagado de risa cuando se desplomó. ¿No es maravilloso? Tuvo una muerte santa»,¹² se dicen unos a otros los invitados al festejo.

HUMOR

El breve apartado que ahora tratará del humor, inicia con una máxima latina acuñada por el propio Severino, forjada seguramente en uno de los momentos en que su imaginación juguetona lo llevaba a las tierras lejanas del chiste y la ocurrencia, un territorio visitado casi tanto como Tepetongo, Jerez y la Presa de Víboras. La cita en cuestión es lapidaria: “Mejor mortis que tortis”.

Aparte de su compasiva y generosa humanidad, el rasgo que distinguió la personalidad de Severino fue su sentido del humor. Sus chispazos de ingenio estallaban en el instante menos esperado, casi siempre para despojar alguna reflexión de su pretenciosa solemnidad. Muchos de sus personajes poseen esta cualidad, como Isidro, de quien se dice: “todo lo que veía y oía lo transformaba en chiste. Como que la vida era un gran chiste que compartíamos con él”.¹³ Severino Salazar estaba consciente -al igual que Friedrich Nietzsche- de que “el hombre sufre tan terriblemente en el mundo que se ha visto obligado a inventar la risa”. También sabía que para los mahometanos -los que tejieron el tapete mágico en el que echó a volar- otorgan el paraíso a aquel que provoca la risa del prójimo.

Sin embargo, el humor de Severino se convertía rara vez en ironía y menos en sarcasmo; su humor era de empatía. Él hacía eco a la opinión de Víctor Borge para quien la risa es la distancia más corta entre dos personas, tal vez por ello, a pesar de que ha transcurrido una década, nos sigue siendo tan cercano. Severino Salazar Muro,

¹² “Pan caliente”.

¹³ “Juguemos a ser Dios”.

en alguna medida freudiano, vivía preocupado por el equilibrio psíquico de su persona y la de los que lo rodeaban, y recurría al humor para mitigar el sufrimiento colectivo. (En este momento está con seguridad atacado de la risa, dondequiera que se encuentre). Sus amigos aprendimos así a reír, no ya con la carcajada satánica de “la conciencia cristiana [que] expulsa a la risa del paraíso”,¹⁴ sino con la risotada fresca del cristiano que disfruta lo que puede en la tierra porque sabe que en “el paraíso no se ríe porque no hay dolor que le dé sentido a esa explosión de gozo”¹⁵ Y se reía siempre en grupos nutridos porque, como dice Henri Bergson, “la risa necesita un eco”.¹⁶ En esas reuniones, gozosas siempre, se compartía un dogma literario: “la experiencia literaria [...] es sublime porque también es irrisoria y esa comicidad la redime tanto de su falsa sublimidad como de su no menos falsa sordidez”.¹⁷ El autor de *Donde deben estar las catedrales* habría rechazado esta cita en particular por provenir de un texto del maestro Octavio Paz, pero su concisión se impone.

CONCLUSIÓN

El vaivén que la imaginación del autor de *Cuentos de Navidad* entre el estado de Zacatecas y la Ciudad de México tiene un equivalente en sus vaivenes entre la reflexión seria, la que moldea el pensamiento, y la ocurrencia humorística, la que confirma que se ríe porque la conciencia se niega “a decidir entre esto y aquello, porque los dos extremos nos parecen absurdos, risibles”.¹⁸

Severino tuvo que tomar distancia para describir con más tino la poesía de su tierra; tuvo que dejar atrás lo máspreciado para sentir el hueco de lo que ya no se tendrá. Por fortuna, cayó entre nosotros, una banda, ahora ya no muy joven, que supo disfrutar por igual su generosidad y la chispa de su ingenio. Un personaje-narrador que no se identifica, pero nosotros sabemos que es él, se confiesa: «Yo vine al mundo a

¹⁴ Paz, Octavio, *Los signos en rotación*, p. 31.

¹⁵ Paz, Octavio, *Ibíd.*

¹⁶ Bergson, Henri, *La risa. Ensayo sobre el significado de la comicidad*, p.11.

¹⁷ Paz, Octavio, *Pasión crítica*, p. 217.

¹⁸ Paz, Octavio, *El signo y el garabato*, p. 232.

platicar. Estoy ahora convencido que ésa fue la misión que Dios me encomendó». ¹⁹ Y enseguida agrega: «Soy, me doy cuenta, uno más de los fantasmas que cada Navidad salen a recorrer las calles de esta vieja, querida, ciudad». ²⁰ Sí, el fantasma de Seve se hace escuchar con frecuencia, algunas veces en el eco de las carcajadas que dejó para siempre en los pasillos de la UAM; otras, en narraciones que inevitablemente, como él deseaba, “tejen un extraño nido en las ramas de nuestros pensamientos”. ²¹

¹⁹ “Danza delirante”.

²⁰ “Danza delirante”.

²¹ “*Nunc dimittis*”.

Bibliohemerografía y fuentes digitales

Bergson, Henri, *La risa. Ensayo sobre el significado de la comicidad*. Buenos Aires: Ediciones Godot, Colección Exhumaciones 2011. Consultado en:

<http://www.edicionesgodot.com.ar/sites/default/files/ediciones-godot-la-risa.pdf> (18.10.2015).

Iglesias Casal, Isabel, *Sobre la anatomía de lo cómico: recursos lingüísticos y extralingüísticos del humor verbal*. Consultado en:

http://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/asele/pdf/11/11_0439.pdf (20.10.2015).

Paz, Octavio, *El signo y el garabato*, Barcelona, Seix Barral, 1996.

_____, *Los signos en rotación*, Barcelona, Seix Barral, 1990.

_____, *Pasión crítica*, Barcelona, Seix Barral, 1995.

Real Academia Española, Diccionario de la lengua. Consultado en:

<http://lema.rae.es/drae/srv/search?id=x0Ur34yYdDXX2833gUDm> (21.10.2015).

Salazar, Severino, *Cuentos de Navidad*, México: UAM-A, 2000.

_____, *Tres noveletas de amor imposible*, México: UAM-A, 1998.

Szabó, Diana, *Humor y psicoanálisis: un asunto serio*. Consultado en:

<http://www.apuruguay.org/sites/default/files/el-humor-szabo.pdf> (17.10.2015).